



DEL DESATINO SOCIAL A LA PRECARIEDAD NARCISISTA

Autora: Dra. Mirtha Cucco

**XIII CONGRESO ARGENTINO DE PSICOLOGÍA.
“Compromiso social frente a los problemas actuales”
Córdoba, 2009**

DEL DESATINO SOCIAL A LA PRECARIEDAD NARCISISTA

Autora: Mirtha Cucco García.

*“Es apenas necesario recordar que la idea de autonomía y la de la responsabilidad de cada uno para su vida, pueden fácilmente ser mistificaciones si se las separa del contexto social y se las plantea como respuestas que se bastan a sí mismas”.
(Castoriadis, 1993, p. 186).*

Resumen

Nos encontramos hoy cada vez más con la propuesta de un hombre¹ torpemente vivo, con fragilidad narcisista, inhábil en el reconocimiento del otro, en el manejo de los conflictos y en el sostén de un vínculo, con predominio de defensas primitivas y gran sentimiento de vacío o de pérdida de sentido.

¿Qué hacer frente a este estado de Normalidad Supuesta Salud? ¿Qué hacer cuando esta situación es cada vez más masiva e invisibilizada? ¿Qué hacer cuando esto nos enfrenta al obstáculo epistemofílico de estar contruidos nosotros/as mismos/as con aquellas categorías que queremos transformar? ¿Qué métodos que no impliquen una propuesta de psiquiatrización de la población pudieran ser eficaces? ¿Cómo diferenciarlos de lo terapéutico o de las acciones de prevención? ¿Habría que abandonar categorías psicoanalíticas para este tipo de intervención con los malestares de la cotidianidad? ¿Qué pasa con lo grupal?

La realidad actual nos enfrenta a retos muy especiales. En el marco del nuevo orden mundial, el capital con su inexorable lógica de maximizar las ganancias, se moviliza viajando por todo el mundo, se posa y desmantela economías nacionales de la periferia, no escatima costos sociales o medioambientales, se plantea la producción y distribución a gran escala con una apertura asimétrica de las economías, y subsume los desarrollos tecnológicos a la competitividad de mercado. Nos enfrentamos con el fenómeno de la globalización económica que se nos presenta como natural e inevitable.

En este contexto observamos un impacto devastador en relación al deterioro de la vida cotidiana y la precarización subjetiva. Asistimos a los mayores niveles conocidos de fragmentación social, con el extrañamiento del sujeto y la suplantación de redes socio-afectivas por redes cibernéticas.

Además es necesario señalar, con una cierta voz de alarma, que hoy está en juego el propio sujeto cognoscente; nos acercamos cada vez más a un sujeto al que habremos de concienciar de que está vacío, y que desde su vacío no podrá pensar que está vacío.

En la búsqueda de alternativas para enfrentar la complejidad de la situación actual, nuestra contribución intenta enriquecer un campo de conocimientos: el de la intervención sobre los malestares de la vida cotidiana como espacio de transformación social. En función de ello, se presenta la Metodología de los Procesos Correctores Comunitarios (ProCC), fruto de una praxis de más de 30 años.

¹ En relación al uso del masculino y/o femenino de determinadas acepciones, para evitar la utilización de modos que perturben la lectura, se hace constar expresamente que cualquier término genérico referente a personas se debe entender en un sentido inclusivo para ambos géneros.

Introducción

Atender las necesidades de salud de la población en el marco de las contradicciones sociales actuales, plantea a nuestras ciencias y a nuestra praxis, un importante desafío *ideológico, ético y de compromiso social, así como teórico y metodológico*. Las acciones en salud no pueden dissociarse de las condiciones de vida de las gentes, por tanto, atenderlas de forma integral implica partir de un buen análisis de la realidad y contar con el desarrollo del *protagonismo y la acción participativa* de la población como elementos centrales para la articulación de respuestas y soluciones.

En este sentido, la realidad actual nos enfrenta a retos muy especiales. En el marco del nuevo orden mundial, el capital con su inexorable lógica de maximizar las ganancias, se moviliza viajando por todo el mundo, se posa y desmantela economías nacionales de la periferia (con o sin guerras preventivas), no escatima costos sociales o medioambientales, se plantea la producción y distribución a gran escala con una apertura asimétrica de las economías, y subsume los desarrollos tecnológicos a la competitividad de mercado. Nos enfrentamos con el fenómeno de la globalización económica que se nos presenta como natural e inevitable. “Los genocidios por el hambre, la comida basura, las enfermedades, las condiciones laborales homicidas, los accidentes de tráfico, las invasiones y las guerras preventivas, son solo ‘daños colaterales’ de esa economía globalizada” (Morán, 2009, p. 1).

En este contexto observamos, aparte de inmensas mayorías que sobreviven con fuertes precariedades materiales y subjetivas por los índices de máxima pobreza, un gran impacto en relación al deterioro de la vida cotidiana y la precarización subjetiva en general. A través de la gran industria de producción de subjetividad global y masificada, asistimos azorados a los mayores niveles conocidos de fragmentación social, con el extrañamiento del sujeto, el intento de la suplantación de redes socio-afectivas por redes cibernéticas, en una profundización devastadora del individualismo, dentro de una lógica enloquecedora de inclusión-exclusión.

En palabras de Castoriadis (Franco, 2003, p. 89) podemos hablar de “Conformismo generalizado... la disminución de la participación de los ciudadanos en la cosa pública;... instituciones políticas que cumplen con la finalidad de alejarlos de los asuntos públicos persuadiéndolos de la inutilidad de su participación... Todo esto produce, sigue señalando, un sujeto conformista y privatizado; gente que empezó a darle la espalda a los intereses comunes, a las actividades comunes, a las actividades públicas, rehusando tomar responsabilidades”.

La propuesta de un hombre torpemente vivo, con fragilidad narcisista, inhábil en el reconocimiento del otro, en el manejo de los conflictos y en el sostén de un vínculo, con predominio de defensas primitivas y gran sentimiento de vacío o de pérdida de sentido, constituye cada vez más *el sujeto ideológico* buscado.

Los procesos de un crecer saludable se ven seriamente afectados. La apología del cumplimiento inmediato de deseos, de la baja tolerancia a la frustración, junto al desprestigio de las normas y la dificultad adulta de poner límites adecuados, la falta de esfuerzo y la inmediatez que niega la idea de proceso, dificultan los procesos de aprendizaje. Cada vez más encontramos

niños y niñas diagnosticados de déficit atencional, descontrol de impulsos y agresividad, junto a dosis de sobreestimulación de cosas que no pueden procesar y promesas de abastecimiento absoluto. La capacidad de interreaccionar suplanta a la capacidad de interrelacionarse. Los chicos/as de hoy “hablan mucho, escuchan poco y piensan nada”, expresaba con preocupación un maestro.

En este sentido queremos señalar con una cierta voz de alarma que (Cucco, 2005) “hoy está en juego el propio sujeto cognoscente, con indicios alarmantes de hundimiento de los espacios simbólicos, nos acercamos cada vez más a un sujeto al que habremos de concienciar de que está vacío, y que desde su vacío no podrá pensar que está vacío. Por lo que categorías como enajenación resultan insuficientes para describir a ese sujeto roto, y los procesos de concienciación requieren de un trabajo diferente que atienda la propia subjetividad en juego”.

Todos los grandes organizadores de la subjetividad, se encuentran en una extrema precarización. Se trata de un sujeto que adolece de un narcisismo generoso, de la capacidad de elaborar duelos, de la capacidad de sostener los ejes de la identidad-diferencia, el deseo-prohibición, y el yo-alteridad, que conllevan la capacidad de sostener el deseo, una temporalidad que trascienda un presente continuo y la articulación de proyectos.

Hornstein (2000, p. 15) al respecto señala:

“La perturbación narcisista se hace notar como riesgo de fragmentación, pérdida de vitalidad, disminución del valor del yo. Una angustia difusa. Una depresión vacía. Coexisten imágenes grandiosas del yo con una intensa necesidad de ser amados y admirados. Si bien no pueden afrontar interacciones emocionales muy significativas, esperan gratificaciones narcisistas de los otros. Tienen dificultad para reconocer los sentimientos y los deseos de los demás. Su objetivo es no depender de nadie, no atarse a nada”.

Hay desconcierto y ambigüedad en relación a los modelos de identificación sexual, y las relaciones hombre-mujer están marcadas por el desencuentro, la confusión, la violencia en muchos casos; hay cada vez menos espacio para la convivencia y el encuentro generoso, y observamos muchas soledades “autoabastecidas”.

La Normalidad Supuesta Salud.

Nos enfrentamos entonces a malestares comunes, *malestares de la vida cotidiana actual* que, formando parte de los consensos sociales instituidos, quedan invisibilizados tras su status de “normales” y sólo se visibilizan algunos de sus efectos, a los que se suele atender disociados de sus causas. Esto conlleva la situación paradójica de que las intervenciones, disminuyendo el dolor de un efecto, reafirman sus causas. Esto explica, en parte, los niveles de impotencia de los y las profesionales y la desilusión y la desgana, cuando no el síndrome del profesional quemado.

Desde la Metodología de los ProCC, acuñamos el concepto de *Normalidad Supuesta Salud* para referirnos a estos malestares, y los definimos como (Cucco, 2006, p. 32) “*aquellos que la gente sufre y habitualmente no*

analiza ni cuestiona porque los considera normales. Aquellos que no generan demanda explícita, no tienen interlocutor válido, engrosan la cultura de la queja y para los cuales no existe un campo de intervención específico; brindándose las respuestas habituales desde enfoques terapéutico-asistenciales que, o bien tienden a medicalizarlos, psiquiatrizarlos o categorizarlos como pertenecientes a grupos de riesgo social; o bien a incluirlos en acciones preventivas inespecíficas, quedando la mayor parte de las veces en tierra de nadie". Su sistematización dio lugar a los Indicadores Diagnósticos de Población, potente instrumento por su carácter diagnóstico y pronóstico respecto a los procesos de transformación.

Para situar la génesis de estos malestares, focalizamos la mirada en ese justo punto de cruce donde se cuajan los roles asignados en la construcción del sujeto (roles de hombre, de mujer, de madre, de padre, de trabajador, etc.); que representa el lugar de encuentro entre lo más *íntimo personal* con elementos de lo social propios de una *formación social* dada. Estos roles están al servicio de mantener y reproducir un orden dado.

Los procesos que de allí devienen mantienen unida a una sociedad en el plano de la subjetividad colectiva, generando grados importantes de consenso social, lo que implica interpretaciones colectivas solidificadas socialmente, que intentan clausurar todo intento de interpelación que trajese el riesgo de poner en cuestión las certidumbres sobre las que asienta su identidad esa formación social. Aún en procesos que dan cuenta de una formación social basada en la cooperación, la justicia y la igualdad, pueden perdurar, aunque de modo menos hegemónico, cristalizaciones efectivas de imaginario social correspondientes a formaciones sociales anteriores.

Los niveles de consenso facilitan la invisibilización o naturalización² de los malestares, estableciéndolos como normales. Podemos situar, como ejemplo, los niveles de agobio y desgaste que se presentan en la crianza actual, expresados en la queja constante de los padres y madres acerca de "los niños/as nos desafían", "es que hoy vienen terribles", "hace lo que quiere con nosotros", "me puede", junto a la inhabilitación del lugar adulto en relación al ejercicio de una autoridad necesaria para ayudar a crecer. En aras de una sana autonomía nosotros decimos: "todo lo que puede, tiene que hacerlo" y desde lo hegemónico se promueve: "todo lo que quieren, pueden". Esto es fruto de pautas de crianza consideradas como normales, pero que sin embargo, conllevan graves distorsiones para el proceso de crecer (dificultad con los desprendimientos, proceso de triangulación, ejercicio de autoridad, etc.)

A pesar del alto nivel de consenso, estos malestares son generadores de importantes costos en Salud-Bienestar de la población. Es por esto, por lo que adquiere especial significación trabajar en la delimitación de su campo, y en la conceptualización metodológica para una adecuada intervención.

² Tello (2003), en su trabajo sobre Castoriadis, señala: "El imaginario social instituido establece qué es un hombre y una mujer, qué es el estado, la libertad, la honestidad (...), qué es un niño, un delincuente, la moral, etc." (p. 100). Citando a Adamson (2001) describe al imaginario social eficaz como aquello que compartimos, aquello que nos da certidumbre y que nos parece lógico y obvio, de sentido común, aquello que establece que "las cosas son así". De este modo, cada cultura establece qué es lo percible, lo pensable, lo significable (p. 101). Esto implica, siguiendo el pensamiento de Castoriadis (1983), un grado de clausura, pero asimismo desde el concepto de imaginario radical y capacidad instituyente, cada sociedad lleva la potencialidad de su autoalteración.

Desde este análisis del malestar cotidiano, desde este ubicarnos en la consideración de las condiciones de vida de las gentes, desde ese ver cómo la gente vive, cómo vive la gente, sea cual fuese nuestra intervención (terapéutica, de extensión comunitaria, etc.), muchos interrogantes guiaron nuestras reflexiones.

¿Qué hacer frente a este estado de “Normalidad Supuesta Salud”?
¿Qué hacer cuando esta situación es cada vez más masiva e invisibilizada?
¿Qué hacer cuando esto nos enfrenta al obstáculo epistemofílico de estar contruidos nosotros/as mismos/as con aquellas categorías que queremos transformar? ¿Cómo interpelar a su vez la fragmentación de los saberes psicológicos y sociales que desde sus dicotomías (macro-micro, individuo-sociedad, subjetividad-grupo-institución-formación social, etc.) no facilitan instrumentos para develar la realidad, sino más bien para generar su ocultamiento? ¿Qué métodos que no impliquen una propuesta de psiquiatrización de la población general pudieran ser eficaces? ¿Cómo diferenciarlos de lo terapéutico o de las acciones de prevención? ¿Cómo superar el reduccionismo al plano de la psicopatología individual? ¿Habría que abandonar categorías psicoanalíticas para este tipo de intervención con los malestares de la cotidianidad? ¿Qué pasa con lo grupal?

Nos enfrentamos con una gran asignatura pendiente, tanto en el ámbito de la intervención político-social como en el ámbito profesional, que tiene que ver con el modo en que se soslaya, cuando no se desprecia como problema menor o sujeto al ámbito de la responsabilidad de cada uno para con su vida, el tema de la *propia subjetividad en juego*, (subjetividad construida con las mismas categorías de aquello que se pretende transformar y que va más allá de vicisitudes de patologías personales propiamente dichas). Las propias ciencias psicológicas y sociales trabajan por un reduccionismo que relega los problemas de cada uno al ámbito de las psicoterapias, cuando no al plano del un voluntarismo alienador.

Esto nos sitúa en el decir de Brown (1975, contratapa), “en la necesidad de sentar las bases de una praxis que ligue los contextos micro y macro sociales y transforme la realidad interna no menos que la externa”.

Si los cambios político-sociales no caminan junto a la liberación de la psiquis del individuo, si se apuesta por lo social negando la subjetividad, o se pretende trabajar por la salud individual soslayando el malestar colectivo, toda construcción va a ser autoritaria.

Castoriadis (1993, p. 181) señala que lo psíquico y lo social son radicalmente irreductibles el uno al otro, a la vez que absolutamente indisociables. Con el concepto clave de imaginario radical, con sus dos vertientes, el de imaginación radical que se expresa en y por el inconsciente, y el de imaginario social, que se expresa en y por la sociedad (lo histórico-social), introduce aportes fundamentales para la superación de dualismos en la relación psique-sociedad. Este imaginario social que opera como organizador de sentido de los actos humanos y regula los comportamientos, construye realidad y tendrá una incidencia directa en el devenir psíquico. Desde aquí nos habla de la determinación que concierne a la materia misma del sujeto, que remite al mundo que lleva en él, haciendo “entrar la calle en lo que podría

creerse su alcoba” (p. 179), concluyendo que “el sujeto efectivo por tanto, es aquel penetrado de parte a parte por el mundo y por los otros”.

No se trata, en la institución de la sociedad, sólo de un modo de producción económica, sino de un modo de producción social. Lo que instituye, materializa y hace posible una sociedad, está dado por la estructura de unas relaciones materiales, junto a la producción de universos de sentido que dice que “las cosas son como son”. Así, desde dicha articulación, se puede regular el comportamiento de las gentes. La institución familiar, entre otras, es un ámbito privilegiado para realizar, paso a paso, este disciplinamiento de los comportamientos.

Siempre, por lo tanto, todo lo que una sociedad establece como real conlleva una carga imaginaria. Aquello asumido como realidad social (“el empresario crea puestos de trabajo”, “siempre existieron los pobres”, “esto es natural de las mujeres”, “los hombres son egoístas por naturaleza”, etc., etc.) conlleva una interpretación colectiva solidificada socialmente y arraigada en las subjetividades.

El capitalismo emerge indisolublemente unido a la alteración de los individuos, de las cosas, de las relaciones sociales, de las instituciones.

Por lo tanto, en toda intervención estará presente el ocuparnos de la transformación de nuestra propia subjetividad en juego, para lo cual es necesario determinar el proceso que genera realidad e individuos afines a ella, aptos para reproducir un orden dado; es necesario dar cuenta de esa relación entre la formación económico social y el devenir subjetivo; es necesario entender cómo se “fabrica el hombre y la mujer capitalista”; es necesario identificar en la vida cotidiana nuestros comportamientos para no luchar por la autonomía, a la vez que en la cotidianidad de nuestras vidas reproducimos dependencia.

Según E. Pichon Rivière a partir de la necesidad se comprende el carácter social de la esencia del sujeto. La cría humana “es un ser de necesidades que sólo se satisfacen socialmente en relaciones que lo determinan. El sujeto no es sólo un sujeto relacionado, es un sujeto producido” (Zito Lema, 1985, p. 107). Esto implica enfatizar el papel que juegan las relaciones sociales como posibilitantes del psiquismo, así la concepción de sujeto relacional del psicoanálisis deja paso al sujeto agente productor y producido en un sistema vincular (García & Waisbrot, 1981, p. 11).

La cría humana, atravesada entonces por la necesidad de supervivencia tiende a la búsqueda de satisfacción. Allí se encontrará con otro ser humano. Al ofrecer el pezón, ese otro ser humano, la mamá en este caso, mira, acaricia, habla a su bebé, y está ofreciendo algo más que el pezón y la leche. Sobrepassa la satisfacción meramente somática ofreciendo un cuidado sexualizante en la doble función, en el decir de S. Bleichmar (2000, p. 145), la función pulsante que inscribe la pulsión y la función ligadora responsable de la represión originaria, la fundación del inconsciente y los inicios de la formación yoica.

La cría, esa entidad biológica, con débiles montantes adaptativos recibe la inscripción en la cultura, el sello de su humanización. Esto, en el sentido de su doble existencia (Freud, 1973), en tanto ser para sí mismo su propio fin y en

tanto elemento de una cadena de la cual es servidor, si no contra su voluntad, en todo caso sin la intervención en ello.

Por tanto también es amamantado, acunado, mirado desde la madre como representante de un *mandato social*. Mandato que desde lo hegemónico, con la fuerza de lo instituido, como señalábamos moldea hoy pautas de crianza que distorsionan gravemente organizadores básicos (narcisización, duelo, proceso identificatorio, límites, triangulación, etc.) responsables de la construcción psíquica.

La sociedad busca entonces, instituir interpretaciones dominantes que se arraiguen en las subjetividades, intentando clausurar como ya señalábamos, todo intento de interrogación, dado que esto entraña el riesgo de cuestionar las certidumbres sobre las que se asienta su identidad. Esta institución de las significaciones insta las condiciones de lo factible, y mantiene unida a una sociedad, en el plano de la subjetividad colectiva. Así toda formación económico-social “sujeta” su orden.

Lo instituido y lo instituyente.

Pero cabe decir también, que la sociedad es intrínsecamente historia y frente a lo instituido, se pueden operar nuevos procesos instituyentes.

En este sentido, desde la Metodología de los Procesos Correctores Comunitarios, queremos rescatar la vida cotidiana como un lugar privilegiado de estudio y trabajo. A pesar de ser considerada con cierto desdén como lugar de mera empiria, es imprescindible su estudio toda vez que se quiera comprender la interrelación entre el mundo económico-social y la vida humana.

Partimos de la base de que en relación a cualquier intervención, los consensos instituidos no desaparecen fácilmente, y perduran en sus efectos a pesar de los cambios en las condiciones sociales y materiales. Liberarse de los aspectos instituidos que son parte constituyente de nosotros mismos implica, por tanto, dentro de la intervención social, realizar acciones específicas y de modo propositivo, ya que supone estar trabajando sobre temas que nos atraviesan de parte a parte (por ejemplo, se puede trabajar una metodología participativa, pero si no se dan las condiciones de reconocimiento y de trabajo de nuestras actitudes autoritaristas aprehendidas, nuestro saber será baladí).

Consideramos lo grupal como espacio imprescindible de construcción de contraconsensos y, por lo tanto, se hace necesario contar con una metodología de trabajo grupal adecuada y específica. Entendemos el espacio grupal como matriz viva, lugar de génesis y neogénesis de la subjetividad; lugar diagnóstico y operativo por excelencia. Junto a la dimensión institucional, permite comprender cómo lo macro puede transmutarse en lo más íntimo de cada persona; cómo puede dejar allí en la formación de la propia subjetividad la marca, la inscripción social, cultural e intergeneracional. Inscripción, desde una perspectiva dialéctica, que marcará un desarrollo, y será un factor al servicio de la reproducción y/o transformación de la propia sociedad.

Desde la Metodología ProCC, fruto de una praxis de más de 30 años, aportamos el Método de Grupo Formativo como un dispositivo idóneo, que sin entrar en niveles terapéuticos propiamente dichos, permite generar grados de

independencia del Imaginario Social instituido, es decir, desarrollar la capacidad reflexiva, lo que implica la capacidad de ponerse en cuestión “más allá de lo permitido”, que es condición para caminar hacia ser sujetos autónomos, protagonistas de su hacer personal/social.

En el contexto de nuestra propuesta, el desarrollo del protagonismo necesario para emprender la *acción participativa*, conlleva “desarropar” aquello que nos constituye, aguantar el vacío de romper nuestras certidumbres. Este trabajo implica una propuesta de intervención comunitaria donde, con gran eficacia y sin tocar lo “más íntimo personal”, se abordan cuestiones esenciales del malestar de las gentes y no se derivan a procesos psicoterapéuticos cuestiones que sólo pueden ser abordadas en grupos comunitarios para su resolución, a riesgo de quedar atrapados en callejones sin salidas. Por otra parte, aportamos una propuesta de intervención clínica, la *Clínica ProCC*, que incorpora en la mirada clínica los Indicadores Diagnósticos de Población y favorece un abordaje más contextualizado entendiendo el peso de los requerimientos que desde el imaginario social marcan la socialización mercantilizada, lo que nos permite comprender, siguiendo a Bleger (1983, p. 181) que muchos “enfermos” más que sufrir desadaptación a la sociedad, sufren, por el contrario, el ser adaptados a las condiciones alienadas de la sociedad.

Hemos apreciado en la práctica clínica cómo muchos aspectos de los atravesamientos sociales (de roles asignados masculino-femenino por ejemplo) quedan soslayados y se abordan desde una posición que, cuestionando aspectos parciales, reitera sin embargo los consensos instituidos y dificulta, por tanto, la articulación de los nuevos instituyentes necesarios para caminar hacia mayores niveles de salud.

Respecto al Psicoanálisis nuestros desarrollos lo incluyen como pilar fundamental en diálogo tan fructífero como necesario con otras disciplinas, legalizando un campo de aplicación, el de los malestares de la vida cotidiana, que merece ocupar un lugar no menor dentro de las posibilidades que este inaugura. No se trata, como señalara Bleger (1984, p. 180) ya en los años 60, de plantear un psicoanálisis nuevo y distinto, sino de “nuevas estrategias en el uso de los conocimientos psicoanalíticos” desde una perspectiva integral.

Es importante superar un psicoanálisis, como dice Hornstein (2003, p. 53) con palabras de S. Bleichmar, “endogenista que suponía al sujeto como un sonámbulo, cuya vida transcurre en el interior de su mundo representacional, y que considera a la realidad como un test proyectivo”, partiendo a la vez de una concepción de “sujeto abierto a su historia, no sólo en el pasado sino en la actualidad” (...) “abierto porque los encuentros, vínculos, traumas, catástrofes, realidad, duelos, autoorganizan al sujeto y él recrea todo aquello que recibe”.

Algunas notas a modo de conclusiones

Desde el marco de referencia de la Metodología ProCC queremos recalcar algunos aspectos que señalamos a continuación.

La importancia del análisis crítico permanente contando con elementos de análisis que eviten la opinología que, repitiendo lo sabido, aumenta la eficacia de los consensos instituidos.

La necesidad de la comprensión de la construcción socio-histórica de la subjetividad, superando la idea de un hombre abstracto y en general, por tanto dar cuenta del sujeto en sus condiciones concretas de existencia.

La necesidad de tomar en cuenta y sistematizar (IDP) los mecanismos vinculares, intersubjetivos, grupales e institucionales que hacen que, cual orfebres laboriosos, nos construyamos de este o aquel modo, jugándose en ello nuestra madurez y autonomía o nuestra precariedad subjetiva.

El cuestionamiento e interpelación de paradigmas, desde el intento de superar disociaciones paralizantes.

El trabajo por la recuperación de capacidad instituyente, que se enfrenta hoy a los mayores niveles, no sólo de conformismo generalizado, sino de alarmantes planos de hundimiento de los espacios simbólicos.

El trabajo para la recuperación del lazo social, de un narcisismo generoso, de la capacidad de vivenciar la alteridad.

El desarrollo de la capacidad de organización social, sin quedar atrapados en rebeldías aisladas que implican energía derrochada.

Una concepción dialéctica, la praxis, la reflexión colectiva que permita no perder de vista la segunda naturaleza de las cosas, lo que hará más inteligible la comprensión de por qué las cosas son como son; y esto hará más posible los empeños de transformación.

Nos queda toda una tarea, todo un desafío para un quehacer profesional comprometido.

Cerramos estas reflexiones poniendo la mirada en el dolor, tantas veces naturalizado, de un sujeto cada vez más roto y escindido, y con el intento de poder estar siempre al servicio de la construcción de un sujeto autónomo y protagonista de su hacer personal-social y del entramado vincular-social, que constituye la condición para su humanización o para su no deshumanización.

REFERENCIAS

- BROWN, B. (1975). *Marx, Freud y la crítica de la vida cotidiana*. Buenos Aires: Amorrortu.
- BLEGER, J. (1983). *La psicología de la conducta*. Buenos Aires: Paidós.
- BLEGER, J. (1984). *Psicohigiene y psicología institucional*. Buenos Aires: Paidós.
- BLEICHMAR, S. (2000). *Clínica psicoanalítica y neogénesis*. Buenos Aires: Amorrortu.
- CASTORIADIS, C. (1989). *La institución imaginaria de la sociedad*. Barcelona: Tusquets.
- CASTORIADIS, C. (1993). *La institución imaginaria de la sociedad*. Barcelona: Tusquets.
- CUCCO, M. (2005). Ayer y hoy de la Educación popular. Algunas reflexiones. *Rescaldos. Revista de diálogo social*. Nº 13. Madrid.
- CUCCO, M. (2004, noviembre). El Grupo Formativo. Sus principios metodológicos. *I Taller Nacional de Coordinadores de Grupo Formativo. La Habana. Cuba*
- CUCCO, M. (2006). *ProCC: Una propuesta de intervención sobre los malestares de la vida cotidiana*. Buenos Aires: Atuel.
- FRANCO, Y. (2003). *Magma. Cornelius Castoriadis. Psicoanálisis, filosofía y política*. Buenos Aires: Biblos.
- GARCIA, M. & WAISBROT, D. (1981). *Una vuelta de espiral dialéctica*. Argentina: Centro Editor Argentino
- HORNSTEIN, L. (2000). *Narcisismo*. Buenos Aires: Paidós.
- HORNSTEIN, L. (2003). *Conceptualización de catástrofe social. Límites y encrucijadas*. En Waisbrot, D., Wikinski, M., Golfo, C., Slucki & D., Toporosi, S. (compiladores). *Clínica Psicoanalítica ante las catástrofes sociales*. Buenos Aires: Paidós.
- MARX, K. (1989). *Elementos fundamentales para la crítica de la Economía Política-“Grundrisse”*. Madrid: Siglo XXI.
- MORÁN, A. (2009). *Globalización y crisis civilizatoria*. Madrid: CAES.
- PAMPLIEGA DE QUIROGA, A. & RACEDO, J. (1993). *Crítica de la vida cotidiana*. Buenos Aires: Ediciones Cinco.
- ZITO LEMA, V. (1993). *Conversaciones con Enrique Pichon Rivière sobre el arte y la locura*. Buenos Aires: Cinco.